

Paisajes en torno de un rosarista

Desde la muerte de José Inocencio Calero hostigaba a nuestro cerebro una memoria, afanosa de puntual expresión. Andanzas recientes por predios de "San Benito" regaláranos con sugerencias amables que hoy estampamos en honor del centenario rosarista fallecido.

Yermas regiones, acosadas de frío, conducen a aquellas tierras, heredanza que el Seminario obtuvo de un hidalgo bogotano. Recorre el viajero quebradísimo terreno, sin gracia en sus accidentes y de entristicidos panoramas que apenas avivan tardías praderas donde huelgan mansamente las vacadas. En la melancolía de esos parajes alcanzó a retratárenos cierto rincón de nuestra provincia, ardiente y de planísima topografía, pero apesadumbrado y sombrío también él. Forma aquella tierra un ayuntamiento que titulan en el Valle, San Pedro y que dio cuna en el año 31 del pasado siglo al personaje de esta historia.

Fue nuestro señor el décimo quinto hijo de don José María Calero y Gil y de doña María Jesús Alvarado, quienes comandaban con su principalidad y virtudes las cosas y personas de su reducido municipio. Dícenlo así biógrafos que relatan además los primeros estudios del anciano en modestísima escuela, instalada como lujoso dón para San Pedro por don Francisco Vásquez.

La vida de los pueblos es plácida y sencilla; anímanla sinceridad y campechanía, la ennoble el trabajo y, si cunden allí las consejas y el chisme trama sus frecuentes urdimbres, también nos brinda su rusticidad con hondos sentimientos que colman el corazón de devociones y enfervorizan el ánimo para las mejores empresas. Ello nos dicta posibles ocurrencias en las que, entusiasmados los padres por los vivos progresos del muchacho sobre los libros, decidieron su traslado a Buga bajo la regencia de un señor Madero que, con sus lecciones, púsole hábil para ingresar al Colegio Público dirigido entonces por don Cornelio Cabal.

Y tornemos a "San Benito" que tan oportunos apuntes nos viene inspirando. Porque la dulzura del ambiente pueblerino, la

mística holganza de su vivir y la llaneza de sus usos, frutos son para nuestra mente de aquel cálido hogar, semillero cuidadoso de divinos apóstoles.

Atrás hemos dejado las bravas serranías y el tedioso paisaje; nos hallamos ahora en amena planicie, prodigioso recorte de confidente fisonomía, todo verdura y perspectivas: Es "La Unión", quieto pueblecillo que colinda amorosamente con Sibaté, solar de benevolencia, refugio de abnegación, asiento de misericordias.

Recostada allá a una ladera y semioculta por frondosos eucaliptus, se yergue blanca, con limpieza de candor, una delicada ermita que hace funciones de capilla a la mansión del Seminario. Contigua a ella, extiéndose vieja casona de frescas salas y amplios corredores a los que llevan escalerillas que dijéranse, por lo empinadas, ásperas sendas de perfección para llegar al Cielo. Dentro, la serenidad campea donosamente y en sus jardines y huertos revolotean las plegarias como avecillas consoladoras y musita el estudio sus bellezas.

Como para nosotros el paisaje, trocése para Calero la monotonía de la villa y el triste régimen de la escuela parroquial. Acogióronlo entonces la iluminada existencia ciudadana y el movido ajeteo de un colegio de nombre. ¡Felices mudanzas que enriquecen el espíritu de savias tónicas y salvadoras!

Producto y muy precioso de nuestra visita al eclesiástico fundo fue el trato y conocimiento del doctor Acevedo. Noticias nos lo tenían ya descrito en pinceladas robustas. Le conocíamos en su gracejo y galantería, le apreciábamos como a hombre de manso trato, le teníamos por sacerdote de ciertas disciplinas y lo admirábamos por virtuoso. De la fugaz entrevista que con él hubimos, esas referencias lograron comprobación y ante aquel celo preceptor de clérigos, como grito de promesas y aclamación de realidades, resonaron precisas las palabras de Valencia: "El maestro es luz de las inteligencias, aire de renovaciones y agua lustral para las almas."

¡Qué apto cuadro constituye el párrafo escrito, en este remedo de biografía, para acercarnos con él a la lucida época de nuestro héroe y exaltar la persona de algún preceptor suyo que responda a determinados atributos del discípulo. Lazos de sangre y cadenas de cariño verdadero nos unen al único vástago sobreviviente de don Cornelio Cabal para que podamos escatimar su elogio: Una ancianita de apergaminada tez sobre la que se hallan dibujadas todas las tradiciones y virtudes de nuestra ciudad amada; una viejecita de plateada cabeza que retrata y ennoblece la blancura de nuestro pasado ilustre, doña Ariela Cabal,

cuyo nombre es conjuro de bondades, voz de ternuras, modulación de los múltiples primores que nuestra tierra atesora.

Fue don Cornelio hombre de aseñorados títulos: castizo linaje, finas maneras de hidalgo, dueño copioso de ciudadanas excelencias. Jurisconsulto de nota, adjuntó, con lustre cierto, a sus abogadiles faenas las ingratas tareas del magisterio y, luego de dotar a su suelo nativo con la dádiva imponderable de una familia clarísima, viudo y crecidos los hijos, vistió hábitos y se hizo sacerdote. Caben en ese esbozo los loores posibles a un varón distinguido y de él se descuelgan, como conclusión terminante, la formación atinada que alumnos de instructor tal podían recabar. Aunábase a todo eso la colaboración asidua de prestigiosos catedráticos que acreditan en mucho la gloria de que hasta hace poco disfrutó el Colegio Académico de Buga. Aquélla la atmósfera bajo la cual viviera José Inocencio Calero antes de su ingreso al Rosario.

Con Arturo Garrido, generoso señor que, por servir a Cristo, abandonó las promesas del siglo y desechó los triunfos, ya opimos, de su carrera de leyes, anduvimos las dependencias de la finca. En animoso paso cruzamos sus praderas; visitamos con morosa delectación las siembras; graves y compungidos, avanzamos bajo umbrosas y regaladas alamedas; gozamos con alocado furor de su fresquísima piscina y hasta, contrariando los atractivos, intentamos un algo de deportes. Todo iba salpicado de comentarios que, a la hora de almuerzo, obtuvieron remate feliz en plática afectuosa que recogió confidencias y desbordó memorias. Corrieron entonces historias del Seminario, se desataron íntimas emociones de esa vida apacible y se perfilaron en lineamientos fidelísimos efigies de arzobispos y presbíteros. Fue así como entró a escena Monseñor Mosquera y así también como desfilaron caudalosos sus fervores, sus luchas y méritos en la existencia independiente y digna del claustro conciliar. Ante tanto relato acudieron al pensamiento, para enlace de temas, las blandas asperezas de nuestros días rosaristas, el cariño de nuestros compañeros, la bondad de los Superiores y cierto anecdotario amenísimo que de labios de algún profesor escucháramos sobre tiempos del siglo postrero cuando Núñez Conto, en calidad de Rector, recobró y reafirmó para el Colegio Mayor su arrebatada autonomía.

Plausible casualidad que dispuso igual fecha para hermanar en honradez y celo, por la guarda de intereses a ellos confiados, a dos personajes, cumbres en nuestra admiración y dis-tantes entre sí por tantas miras. Y sorprende aun más, para el

momento, encontrar, contemporáneo con los otros, por la casa de fray Cristóbal, al varón que ha venido inspirando estas memorias: Ataviados de provinciano encogimiento cayeron al Rosario en 1850 tres adolescentes para beber de labios doctos la ciencia del Derecho. Venían desde orillas del Cauca y se llamaban Ciro Alvarado, Salvador y José Inocencio Calero.

Bajo techo rosarista vivió nuestro hombre hasta el 52, año en el cual el doctorado coronó sus esfuerzos. Presidieron el grado Francisco J. Zaldúa, José María de Mendoza y José Ignacio Ospina y firmó el diploma Juan Nepomuceno Núñez Conto, Rector del Instituto.

Y apuntamos a Sibaté como asentado en área que toca con la Unión. Alternan allá las parejas extensiones de la llanura con la esquiva rudeza de la montaña y simula retozos la simetría del valle con la recia aspereza de la sierra.

Enclavados en aquel cuadro demoran dos hospitales: albergue el uno de niños en desamparo que la suerte aventó al mundo sin el calor de un amor; en el otro, seres degenerados asilan su inconsciencia y desventuras. La primera de aquellas mansiones intentamos forjársela a la manera de esta vida nuestra de estudiantes, iluminada de ilusiones, cargada de risas, plétórica de despreocupación. ¡Tál es la bonanza que brilla, tanto el contento que despide y tan crecidos la diligencia y esmero que en ella persenciamos! Mas, muy otra es la suerte que cabe a quienes respiran en el hogar de la idiotez: desaparece entonces la alegría y asístennos escenas lastimosas sólo embellecidas a fuerza de caridad, de desinterés y cristianismo.

Tras de la ilusión viene la realidad. Al salir de los claustros, nos espera la vida para enfrentárenos abiertamente. ¿Por qué no calcar, pues, en la segunda pintura la irrupción repentina a esas batallas, tras de los dorados matices de nuestra existencia estudiantil?... Quizás a tal hora de ambiciones han de acudirnos como compañeros la incomprensión ambiente o la torpeza de un egoísmo fatal. Apechemos al destino y, para el éxito, undamos el espíritu en nuestra voluntad que nos envuelva de fortaleza con sus mallas.

Y así pensando, se recorrió a nuestros ojos la carrera larguísima de José Inocencio Calero. Era ella un aliento a nuestras cuitas pues, desde sus albores, ofrécese colmada de honras que se prolongaron hasta los ochenta años. De juez municipal subió en su oficio hasta las salas del circuito y, antes de escalar la fiscalía del Tribunal Superior, adiestróse en la del juzgado de cuya mayoría había sido jefe. No hagamos cuenta de sus pa-

peles de alcalde, de prefecto y concejal. Ante los veinte años que, como magistrado del Tribunal, viviera, lo demás se empequeñece fácilmente.

Ajeno a ejercicios profesionales y entregado al pasar de sus proporcionados haberes, giraron para el anciano los cinco lustros finales de su existencia. Colmólos el humanitarismo y los alumbraron hogueras de encendida fe. Si características semejantes ilustran la juventud, en los ocasin de una vida facetan al hombre de sin par resplandor.

Aristocracia y austeridad son distintivos de nuestra ciudad materna. Palpita ella en tradiciones y abunda en leyendas que iluminan su vida de claridades fantásticas. Sitio es ese de longevos patriarcas y lugar de recias constituciones, como que el alma ejemplar de los abuelos cunde aun en su ambiente, fresca de gentilicios, aromada a recato y ufana de hazañosas templanzas. Encaja con justeza en ese marco y lo unge de eternidad la bien tallada estampa del doctor Calero: Un fatigado garbo realizaba su figura; apacibles facciones endulzábanle el rostro; ojos, marchitos de senectud, prestábanle el fulgor desfallecido que los años reclaman; se plegaban los labios en actitud displicente y toda su figura comunicaba veneración e inspiraba simpatías. Dijérase el señor un acabado retrato del Buga caballeresco.

Pero la semblanza física es tan sólo camino para llegar al espíritu, pues lo que allá es talante hácese acá dignidad y varonía y lo que canta allá suavidad acá orquesta diafanidad de conciencia; cámbiase la tristeza de la pupila en una intensa manse dumbre del ánimo y el mohín de la boca se convierte en sublime benevolencia. Revestido anduvo siempre el caballero con el ropaje total de la cristiana grandeza. Y cuando se aprestaba a la definitiva jornada, su modestia fue herida con honras y loanzas: Un decreto oficial presentaba sus méritos a las generaciones venturas como modelo y orgullo.

Hagamos de ese tributo epitafio elocuente para su tumba y como sudario, arranquemos la devoción al paisaje que nos ha inspirado y tendámosla sobre sus despojos.

Bogotá, abril|1937.

ALFREDO DELGADO PLAZA

Estudiante de Jurisprudencia en este
Colegio Mayor.